

estoy en mi casa, y como soy aquí el rey y hago lo que quiero, y lo que quiero es quererla, que sea mía... ¡Fuera de aquí el que no quiera oírme! Ven, Isolina, amor de mi alma, esposa... ¡Fuera de aquí el que no esté dispuesto á respetarlal... Ven, Isolina, obedéceme delante de todos... ¿Veis?

La besa.

Será mi mujer. Es ya mi mujer... ¡Y la adoro!

Ante la violencia de JUAN ANTONIO, SOCORRO, CAMILITA y CAMILO se han replegado hacia el fondo. REMEDIOS avanza silenciosa, y se une al grupo que ya han formado JUAN ANTONIO, ISOLINA y FRANCISCO en primer término. Cuando cae rápidamente el

TELÓN

ACTO SEGUNDO

En Madrid. Sala de confianza que separa el resto de la casa del laboratorio de JUAN ANTONIO. Al fondo un ventanal y una puerta por donde se va á la calle; á la izquierda, y en segundo término, puerta que comunica con el laboratorio; á la derecha dos puertas más que llevan á las habitaciones interiores.

Es media tarde. CAMILO, aún con el sombrero en la mano y vestido con un abrigo de viaje, habla con REMEDIOS. JUAN aparece por la primera puerta de la derecha.

REMEDIOS

A JUAN:

¿Llevaste las maletas al cuarto?

JUAN

Sí, señora.

CAMILO

Tú también estás más grueso, Juan... A todos os sentó Madrid.

JUAN

Ya ve usted, señorito.

REMEDIOS

A CAMILO:

Dale el abrigo y el sombrero para que los lleve.

A JUAN que sale después de tomar
el abrigo y el sombrero de CAMILO:

Quita los tiestos de la ventana... ¡Esa Isolina, con
su manía de poner flores en todas partes!

A CAMILO.

Si no te gusta ese cuarto y prefieres otro más
abrigado, se te arreglará... Estás en tu casa... Como
has llegado así... de sopetón.

CAMILO

Hombre, de sopetón... No será por falta de rue-
gos, que Juan Antonio bien nos tiene escrito para
que vengamos; y no sólo á mí, sino á Camilita y á
Socorro.

Un corto silencio.

REMEDIOS

Vamos, tú has querido venir á... sorprender.

CAMILO

¡Siempre la misma!

REMEDIOS

Pues lo que es vosotros... Tu mujer sobre todo...

CAMILO

Ea, si vamos á andar con recelos, como enemi-
gos, soy capaz de coger los bártulos y largarme...
Después de seis años, ya podías estar bien tran-
quila.

REMEDIOS

Nadie ha dicho que no lo esté.

CAMILO

Yo no tengo la culpa de que por esa indisposi-
ción de Juan Antonio esté el correo de tres días sin
abrir. No tienes más que buscar entre las cartas y

verás cómo está la mía avisándole. Respecto al muchacho, sí, no te lo niego: he querido darle una sorpresa.

REMEDIOS

Bien, más vale así... Yo no me refería al hecho de llegar hoy, sino al viaje en general... Recuerda que sin las intransigencias de Socorro todavía estaríamos todos en el pueblo.

CAMILO

Te ruego que no hablemos más en ese tono, Remedios. Además, mi mujer es mi mujer y yo soy yo. Si hubiéramos querido saber, sonsacar, como tú crees, le hubiéramos preguntado al chico, y él puede decirte... Lo pasado, pasado y bien pasado; te aseguro que no hay espionaje ni cosa que lo valga.

REMEDIOS

Me alegro de oírte.

CAMILO

No faltaba más.

REMEDIOS

Socorro sabe que á las buenas yo sé corresponder. Ninguna queja tendréis de mí. Si Isolina y yo fuéramos rencorosas, después de todo lo ocurrido hubiéramos roto las relaciones, y vuestro hijo, cuando le dió la ventolera de dejar la abogacía y ponerse á estudiar medicina, no hubiera encontrado en esta casa y en Juan Antonio...

CAMILO

De sobra lo sabemos, mujer... Mira, casi celebro haber llegado de sopetón, como tú dices, mientras los muchachos y Francisco sacan á pasear al ilustre enfermo... Así nos hemos explicado, y mi estancia entre vosotros será lo que debe ser.

REMEDIOS

Amén. Yo no deseo otra cosa... Figúrate si en el fondo me alegro de que tu hijo vaya á resultar también un sabio como todos dicen y Juan Antonio mismo asegura.

CAMILO

Recuerda que yo fuí un enemigo,— si enemigo puede decirse—, leal. Al tratarse de la boda dije mi opinión sin ambages; como no soy hipócrita expuse

mis razonamientos; pero como el razonamiento no es siempre la razón, aquí me tienes contentísimo de haberme equivocado y de ver á Juan Antonio y á Isolina felices.

REMEDIOS

Y que lo digas; porque lo son.

CAMILO

Vaya, dame la mano de amigos, de amigos verdaderos.

Tomando la mano que REMEDIOS alarga sin franqueza:

Así.

Llega JUAN por una de las puertas de la derecha.

JUAN

Ya están aquí los señoritos... El coche acaba de salir del jardín.

Se oye ruido. REMEDIOS, acercándose a la puerta del fondo, habla con los que suben.

REMEDIOS

Aquí tenéis una visita; una sorpresa.

ISOLINA

Desde dentro:

¿Quién... quién?

JUAN ANTONIO

Aún sin entrar.

¿El doctor Reyes?

CAMILO

No les digas; á ver si aciertan... ¿Viene el muchacho? Voy á esconderme, verás...

A los que llegan:

No me habéis dado tiempo.

JUAN ANTONIO, ligeramente sostenido por ISOLINA y FRANCISCO, entra. Los seis años transcurridos han curvado un poco su espalda y hecho madurar la belleza de ISOLINA. La ciudad, el cultivo espiritual y los viajes, han trocado la aldeana en dama.

FRANCISCO

¡Caramba, qué sorpresa!

JUAN ANTONIO

¡Al fin te decidiste!

ISOLINA

¡Tío Camilo!

CAMILO

Aquí me tenéis... Remedios me ha hecho los honores de este palacio...

A JUAN ANTONIO:

¿Nada de cuidado, supongo?

ISOLINA

¡Oh, no!...

CAMILO

Tu aire es magnífico. ¿Qué ha sido eso?

JUAN ANTONIO

Psch... El pícaro corazón que, sin duda de ser demasiado feliz, vuelve á hacer de las suyas... Un ataque de nada.

FRANCISCO

De nada si no te obstinas en trabajar mucho.

CAMILO

¿Y el muchacho? Creí que estaba con vosotros; Remedios me dijo...

ISOLINA

Pedro vendrá en seguida.

JUAN ANTONIO

¡Quién iba á adivinar tu agradable visita!... Lo dejamos al paso en la biblioteca, donde tenía que recogerme unos datos. Estoy muy contento de él, ¿sabes? Creo que al cambiar de carrera siguió su verdadera vocación... Desde el primer año tuvo afición á tocar el fondo de las cuestiones, y hoy por hoy sabe en muchas cosas tanto como yo, con la ventaja de la juventud... Mis trabajos son, en realidad, de los dos, y sin él, sin su ímpetu, que yo tengo á veces que refrenar, muchas de mis investigaciones no habrían marchado tan de prisa...

CAMILO

Y con un maestro como tú... Ya hemos leído los

elogios que te dedican los periódicos por esos trabajos de... histología. ¿No se dice así?

JUAN ANTONIO

Perfectamente... Pero la verdad es que las sorpresas, por agradables que sean, se burlan del método: aquí nos tienes sin preguntarte por Socorro y por Camilita.

CAMILO

Todos buenos, todos buenos...

ISOLINA

¿Es verdad que Camilita está más alta que yo, tío?

FRANCISCO

¿Es verdad que el alcalde se ha decidido al fin a beber agua?

CAMILO

¡Este Francisco! Siempre el mismo...

JUAN ANTONIO

No creas, ya no es el mismo: desde hace unos días tiene un aire de buho que no le va...

FRANCISCO

Cosas tuyas...

JUAN ANTONIO

Con decirte que ya ni habla de aquella célebre combinación de juego que le servía para perder con método...

CAMILO

¡Qué Francisco!

REMEDIOS

Que no ha dejado de observar recelosamente a CAMILO:

En fin, lo principal es que no haya nada malo por allá.

JUAN ANTONIO

Pero eso de venir así, sin avisarnos...

CAMILO

Yo te escribí; pero ya me ha dicho Remedios que tienes sin abrir el correo de tres días.

REMEDIOS

Con turbación:

Entre el montón de cartas ni siquiera se nos ocurrió mirar las letras de los sobres; si no...

ISOLINA

Pues hemos salido por milagro; mamá que se empeñó a última hora.

CAMILO

A ISOLINA:

Y tú, mujer, estás hecha una reina... Si te veo en la calle soy capaz de no conocerte. Entre los viajes y el matrimonio...

JUAN ANTONIO

Radiante:

¿Verdad? Más linda y más buena cada día... Si hago algo útil para la Ciencia, a ella se le deberá aún más que a mí; yo estaba ya definitivamente retirado.

A ISOLINA, que hace ademanes negativos:

Sí, sí... Siempre animándome... No te hagas la modesta.

ISOLINA

¡Oh, Juan Antonio!

REMEDIOS

Ya ves, Camilo; la luna de miel sigue aquí como el primer día... Puedes decirlo en Villanoa.

JUAN ANTONIO

Por ISOLINA:

Aquí donde la ves, se ha impuesto hasta el aburrimento de estudiar para poder ayudarme; y como es tan inteligente, tan aplicada, vaya si me ayuda... Verdad es que aquí me ayudan todos: Francisco, Remedios, Pedro... te repito que estoy contentísimo de él; ya habrás notado durante el último verano, que ha dejado de ser un muchacho...

CAMILO

Sí, vaya... Un poco reservadote, ¿no te parece? Fuera de los elogios sin fin de vuestras bondades y de tu talento, cuesta trabajo arrancarle palabra.

FRANCISCO

Los estudios abstraen.

JUAN ANTONIO

Su nombre ya es de los señalados; ya se le envidia, y eso quiere decir...

REMEDIOS

Yo creo que trabaja demasiado; no tiene buena cara... Todos dicen que le convendría viajar, descansar aunque fuera unos meses en el pueblo.

JUAN ANTONIO

No, no... sería un atraso. Además, Camilo, soy un viejo egoistón, y no soy yo quien protege á tu hijo... no te rías... Todos me protegen aquí, hasta Juan... Porque sin esta casa, sin esta dicha, me sería imposible hacer nada. El doctor Reyes rabia cada vez que ve mi laboratorio tan limpio, y que ve mis trajes, que antes de irme á Villanoa eran famosos por las manchas, flamantes gracias al cuidado de Isolina... Y dice que esta casa es como un reloj, donde cada rueda tiene su papel... Isolina es la gracia, Remedios la economía doméstica, Francisco...

FRANCISCO

Yo debo ser el despertador...

CAMILO

¿Siempre levantándote con los gallos?

FRANCISCO

Lo mismo. Costumbre de toda la vida.

ISOLINA

A las cuatro de la mañana anda como un fantasma, haciéndose café en el reverbero.

JUAN ANTONIO

En fin, todo se hablará... Lo que es ahora no te soltamos en un mes. Y si los de Villanoa se quejan, que vengan á buscarte... ¿Has subido ya á tu habitación?

REMEDIOS

Si acaba de llegar...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MÉXICO

JUAN ANTONIO

Pues nada, á darte un chapuzón y á bajar en seguida á ver mi laboratorio, que es el mejor de Madrid. Aunque no entiendas de esas cosas, tendrás que verlo y admirarlo todo.

FRANCISCO

¡Prepárate!

JUAN ANTONIO

Es la única tiranía que impongo á mis huéspedes.

CAMILO

Figúrate con cuánto gusto.

REMEDIOS

Isolina, acompáñalo á su cuarto. Lo puse en el grande de la galería.

JUAN ANTONIO

Voy yo también...

CAMILO

No te molestes, hombre; entre nosotros...

JUAN ANTONIO

Este va á tomar en serio lo de mi enfermedad... Vaya si voy. Remedios dice que si los médicos me aconsejan que no trabaje mucho, es por celos.

CAMILO

A REMEDIOS:

¡Ah, lo que es ésta!

REMEDIOS

Yo bien me sé...

ISOLINA

Á JUAN ANTONIO:

No, no, que no te conviene subir escaleras.

FRANCISCO

No seas imprudente, Juan Antonio.

JUAN ANTONIO

Ya en la puerta de la derecha.

Andando, andando... Ni que fuera yo un carcamal.

Salen por la primera puerta de la derecha ISOLINA, CAMILO y JUAN ANTONIO. FRANCISCO se dispone a seguirlos, pero REMEDIOS lo detiene.

REMEDIOS

Quédate... Te habrás convencido.

FRANCISCO

Ya vuelves... No, no me he convencido de nada.

REMEDIOS

Porque te empeñas en cerrar los ojos.

FRANCISCO

Y tú en abrirlos demasiado, Remedios. Cada uno de nosotros, por causa distinta, estamos interesados en la felicidad de Juan Antonio. Tú, con tu continuo sospechar, llegaste á darme miedo y me hiciste ver, en un instante de debilidad, tus visiones.

REMEDIOS

No son visiones.

FRANCISCO

Pero ya te digo que esto concluye hoy. Ya he hablado con Pedro claramente.

REMEDIOS

¿Qué has hecho? De seguro que...

FRANCISCO

De seguro que nada. Ha sido un mal paso que me has obligado á dar: el último.

REMEDIOS

Habrá negado, claro...

FRANCISCO

Tú tienes monomanía de persecución; te obstinas en sólo mirar en las gentes los rincones malos; yo creo en el bien y á él me dirijo... Si hubiera ido con

sonsacamientos, con diplomacia, como tú dices, Pedro habría negado. Le hablé lealmente, y ya ves... Me has obligado á arrancarle una confesión que quizá no se había hecho aún á él mismo.

REMEDIOS

Para que dudes de mis presentimientos.

FRANCISCO

Remedios, esto ha de acabar hoy... Cada cual su carácter: yo soy claro; me repugnan los tapujos y las labores subterráneas.

REMEDIOS

Es mi deber; además habíamos convenido...

FRANCISCO

Siento decírtelo, pero el convenio concluye aquí; es más, estoy dispuesto á que suspendas toda labor... Lo que haces es impulsar á Pedro y á Isolina á minar la felicidad de esta casa á fuerza de creerla amenazada.

REMEDIOS

Ahora va á resultar que soy yo; ahora va á resultar que si Pedro busca á Isolina, que si ei verano pasado estuvo hasta última hora poniendo pretextos para quedarse con nosotros y no ir á Villanoa, que si...

FRANCISCO

Basta... basta.

REMEDIOS

Pero si no puede estar más claro el juego de Socorro; si se necesita ser tonto para no comprender que Pedro aquí es una cuña con la que cuentan los de Villanoa... Fueron ellos los que aconsejaron el cambio de carrera para metérselo mejor en casa... Siempre aludiendo en sus cartas á la diferencia de edades, á los achaques de Juan Antonio; siempre con "los chicos" para acá y "los chicos" para allá... Sí, sí... Ellos hacen todo con su mira...

FRANCISCO

Pedro es incapaz... ¿Por qué sólo te fijas en él?... También Isolina lo busca.

REMEDIOS

Exaltada:

¡Mentira!

FRANCISCO

Sí... Hay que ser justos... Yo te digo que también ella lo busca, ó se deja buscar, que es lo mismo... Tú creíste que la dicha sólo está en el bienestar material, y... Esta es tu obra... Si hay culpa en alguno, tuya es...

REMEDIOS

¡Oh, Franciscó!

FRANCISCO

Confiemos en la virtud que sabe inspirar Juan Antonio: á su lado todo el mundo es mejor... Confiemos en el fondo honrado de Pedro y de Isolina... Esto es lo que tenía que pasar, Remedios: es la juventud enamorada de la juventud, pero no dispuesta por vil egoísmo á saltar barreras ni á olvidar deberes.

REMEDIOS

Vencida:

Ahora eres tú quien me asustas, Francisco... Dios te oiga... Que sea así.

FRANCISCO

Dejemos la vida correr, es lo mejor; los hechos no se fabrican como tú crees y la fatalidad no se detiene. Confiemos en el bien, que es nuestro único recurso. No sigas con tus habilidades de querer separarlos: cada obstáculo que se pone es como un desafío. Prométeme que no harás nada más.

REMEDIOS

No, no...

FRANCISCO

¿Tú crees que yo no sé que has abierto la carta de Camilo, que sabías que llegaba, que nos echaste á la calle para poder recibirlo sola y sonsacarlo?

REMEDIOS

Te juro...

FRANCISCO

Mirándola al fondo de los ojos:

Vas á jurarme en vano, Remedios.

REMEDIOS

Bajando la mirada:

Es verdad... es verdad.

FRANCISCO

Ya ves... Y si á mí no me engañas, á mí que á su lado soy un imbécil, ¿cómo habías de engañarlo á él, si no fuera por su bondad?... Juan Antonio es demasiado grande: en su alma la generosidad lo ocupa todo y no deja lugar á la sospecha; pero si algún día se da cuenta de esta desconfianza, de este espionaje que rodea su vida...

REMEDIOS

Yo siempre he tenido discreción.

FRANCISCO

La desgracia se burla de toda discreción... Si eso llegara, su misma inteligencia, su misma bondad se volverían en contra suya: como es infinitamente superior, sufriría infinitamente más que cualquier otro... ¡Si eso llegara!... Tú sabes lo que ha sido Juan Antonio para mi: padre, hermano, Dios... todo. Recuerda cómo en cuanto comprendí que el amor de Isolina era necesario para su vejez, me puse á tu lado contra todo el mundo... ¡Que no llegue nunca esa desgracia, Remedios!

REMEDIOS

Calla... No llegará... Cállate.

FRANCISCO

Déjame hablar... Si llegara, la herida del corazón de Juan Antonio sería de muerte; no habría certidumbre capaz de convencerlo... Ataría cabos, se inventaría dolores, suponiendo cosas que no han existido... Se moriría...

Exaltado por esta idea:

Si por intereses mezquinos me mataran á Juan Antonio, ¡entonces yo también dejaría de ser buenol...

Después de esta frase, dicha con tono de amenaza, FRANCISCO, se dulcifica y prosigue:

Ya ves; hace poco tuve un miedo horrible: creí que esa fatalidad había llegado; que...

REMEDIOS

¡Oh, Francisco, dí!

FRANCISCO

No, fué solo un relámpago; una de esas reticencias tuyas que me pareció que él recogía... Que nos sirva esa falsa alarma de lección. Basta de tapujos y de emboscadas; desde hoy, todo diáfano.

REMEDIOS

Sí, sí...

FRANCISCO

Imitemos la confianza de Juan Antonio. Si entre Pedro é Insolina no hay más que la atracción de la juventud, tengamos confianza; si, por desgracia, hubiera algo más... tengamos confianza también, que el amor no ha de pasar siempre por las almas como un incendio... Pedro é Isolina le deben cuanto son y no han de ser ingratos. La sombra de Juan Antonio bastará para separar lo que en ellos no debe juntarse.

REMEDIOS

Sí, tienes razón. Yo también confío en ellos, Francisco.

De improviso, colérica:

¡Son los de allá... son los de allá!

FRANCISCO

No supongas bajezas.

REMEDIOS

Tú no los conoces como yo.

FRANCISCO

Y aunque así fuera... Pedro es de los nuestros. Pedro ha pasado ya por la influencia de Juan Antonio.

REMEDIOS

¡Esa Socorro!... Ella no nos perdonará nunca. Camilo ha venido á...

FRANCISCO

Atendiendo a un ruido que llega de la derecha:

Pchs... Calla.

JUAN ANTONIO entra por la primera puerta de la derecha:

JUAN ANTONIO

¿El viajero no ha bajado aún? Me dijo que en diez minutos estaría listo.

FRANCISCO

¡Quia! Estará abriendo las maletas.

JUAN ANTONIO

Que no le falte nada, Remedios. Hay que atenderlo como tú sabes hacerlo cuando quieres.

REMEDIOS

Ocultando su turbación:

Sí, descuida... Voy yo misma á ver.

REMEDIOS sale por la derecha.

JUAN ANTONIO

Ajá... Ese paseo me ha quitado quince años de encima... Está el Retiro que parece de oro; hasta se sienten crujir las hojas como si fueran de metal... Un paseo así da la vida... ¿Cómo has encontrado á Camilo?

FRANCISCO

Hecho un toro, ¿eh?

JUAN ANTONIO

Si esa vida de pueblo...

FRANCISCO

En el fondo tú tienes la melancolía de nuestra casona de Villanoa.

JUAN ANTONIO

¿A qué negártelo? Es lo único que echo un poco de menos... Yo no soy hombre de ciudad.

FRANCISCO

Melancólicamente.

¡Aquellos paseos nuestros por la carretera!... Si vamos alguna vez, ya no nos llamarán los solterones como antes, - ¿te acuerdas?... Lo decían respetuosamente, bajito, pero de modo que lo oyéramos bien; con esa discreción de los pueblos, que siempre tiene algo de indiscreta.

JUAN ANTONIO

Y casi me alegro, Francisco.

FRANCISCO

¿De qué?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTREY, MEXICO

JUAN ANTONIO

De tener esa melancolía... De otro modo sería demasiado feliz, y no es justo. Se debe dejar un huequecito para las glándulas de la desgracia.

FRANCISCO

Sí, sí... Así, cuando uno nota demasiada envidia en derredor, se echa mano á la glandulita para aplacarla. ¿No es eso?

JUAN ANTONIO

De súbito:

¿Qué te decía Remedios? Sin duda no le ha sentado bien la visita.

FRANCISCO

Bah... Ya sabes; cosas de mujeres.

Entra por el fondo Pedro. Ya es un hombre. También en él se nota el influjo benéfico del tiempo y del estudio.

PEDRO

¡Lo encontré... Lo encontré!

JUAN ANTONIO

Pareces Arquímedes, muchacho... Lo que nosotros decíamos, ¿no?

PEDRO

Lo que decía usted... A base de cloro.

JUAN ANTONIO

Hay que ensayarlo esta misma noche.

PEDRO

Ahora mismo. La materia colorante para el preparado está hecha. ¡Poco contenta que se va á poner Isolina!

JUAN ANTONIO

¿La gelatina se coaguló mucho?

PEDRO

No; la dejé á dos grados nada más.

JUAN ANTONIO

Muy bien, muy bien... Esta va á ser sonada.

FRANCISCO

Pero... Juan Antonio, os ponéis á hablar así y ni siquiera le dices á Pedro la visita... ¡Sois terribles los sabios!

JUAN ANTONIO

Verdad... ¡Qué cabeza! Dispénsame, Pedro: tu padre acaba de llegar.

PEDRO

¿Mi padre?... Así, ¿sin avisar? ¿Es que pasa algo?

JUAN ANTONIO

No, nada...

PEDRO

¿De veras?

FRANCISCO

Nada, hombre. Cosas suyas.

JUAN ANTONIO

Ya conoces á tu padre... Corre á abrazarlo; está en el cuarto grande de arriba.

FRANCISCO

Él quería darte la sorpresa... Anda, sube y sorpréndele tú.

PEDRO

¡Qué papá!... Vuelvo en seguida... Hay que ensayar eso esta misma tarde.

Sale PEDRO por la primera puerta de la derecha.

Y yo también me voy... Iré por esos libros que me dijiste.

JUAN ANTONIO

Si te encuentras á Reyes, no se te ocurra soltar prenda.

FRANCISCO

Bueno eres tú; luego serás el primero en decírselo. Así te han birlado más de cuatro descubrimientos.

JUAN ANTONIO

Bah... bah, en el fondo, ¿quién es más feliz, el robado ó el ladrón?

Se oye la voz de ISOLINA que pregunta desde dentro:

ISOLINA

¿Es verdad, Juan Antonio?

JUAN ANTONIO

Á FRANCISCO:

Ya le fué con la noticia.

Respondiendo á ISOLINA:

Sí, nenita; completa verdad.

Á FRANCISCO:

Son mis dos centinelas... Preparado tenemos esta tarde.

ISOLINA

Siempre dentro:

¿Verdad? Me acabo de vestir en un salto y voy.

JUAN ANTONIO

Sólo su voz parece una risa...

FRANCISCO

Con cierta brusquedad:

Hasta ahora...

Creyendo que su hermano ha notado algo:

Vengo á cenar... Lo digo, porque recuerdo el apetito de Camilo.

JUAN ANTONIO

Yo voy un rato al laboratorio hasta que baje ése.

FRANCISCO

No vayas á ponerte á trabajar... Hasta ahora.

JUAN ANTONIO

No, no, descuida... Hasta luego.

FRANCISCO sale por el fondo. JUAN ANTONIO sale también por la puerta de la izquierda. En seguida, sin dar casi lugar á que la escena quede sola, ISOLINA, en traje de casa, entra por la

segunda puerta de la izquierda, cruza la sala, y cuando va á salir por la puerta del laboratorio, REMEDIOS, que entra por la primera puerta de la derecha, la llama.

REMEDIOS

Isolina... Isolina.

ISOLINA

Mamá.

REMEDIOS

Oye... Espera... Quiero que hablemos dos palabras en serio. Hace tiempo que quiero decírtelas y ésta la ocasión: ahora que acaba de llegar Camilo.

ISOLINA

Tú dirás, mamá.

REMEDIOS

Hija, oye bien... Por lo pronto, júrame que esto que te voy á decir quedará para siempre entre nosotras. Tú sabes lo que yo he hecho por ti; tú sabes cómo, contra todos, luché por tu felicidad.

ISOLINA

Sí, mamá... ¿A qué viene todo esto? Háblame claro.

REMEDIOS

Tú, á pesar de todos tus estudios, no puedes saber, de las maldades del mundo hija mía, como tu madre. En todos los libros de la tierra no se aprende lo que en un pueblo, créeme... Allí no se nos perdona tu matrimonio.

ISOLINA

Esas son cosas que pasaron, mamá.

REMEDIOS

El rencor no pasa... Yo los conozco. Tú eras primero una niña, luego una moza, y no te dabas cuenta... Tú no sabes, Isolina, mientras tú reías y jugabas, las rabias, las penas que ha tragado tu madre en aquel pueblo... Allí se agria el carácter... Cada uno de tus días felices me cuesta muchas lágrimas.

ISOLINA

¡Mi pobre mamá!

REMEDIOS

Muchas, hija, muchas...

ISOLINA

Ya tienes derecho á gozar de esta felicidad sin temores; tu sueño se ha cumplido, ya ves... Ya nadie puede nada contra nosotras.

REMEDIOS

¡Quién sabe, Isolina!

ISOLINA

No... no.

REMEDIOS

Hay que estar prevenidas. Camilo ha venido á vigilar... á vigilarte; lo manda Socorro.

ISOLINA

Pues que vigile.

REMEDIOS

Es que no sólo es necesario ser buena, hija, sino no dar pretexto á la calumnia.

ISOLINA

Con un vago sobresalto:

¿Qué me quieres decir?

REMEDIOS

No lo tomes á mal, pero..

ISOLINA

Dí...

REMEDIOS

Yo siempre fui enemiga de que viviera con nosotros... Dada la edad de Juan Antonio, tu confianza con él puede ser mal interpretada.

ISOLINA

¡Oh, mamá, mamá!...

REMEDIOS

Es mi deber.

ISOLINA

No, no es tu deber... Él es incapaz de una infamia.